

## A Gerald Brenan, maestro

*Por Ian Gibson*



*Para Gerald Brenan.  
Paco Asís.*

**G**ERALD Brenan, para mí es mucho, mucho más que un hispanista, que un estudioso de las “cosas de España”. Es, ante todo, el hombre que no se doblegó, el hombre que quiso labrar su propia vida, el hombre que, desde niño, intuía que tenía vocación para hacer algo muy personal en el mundo, algo sin duda relacionado con los viajes (pasión casi innata en el futuro autor) pero todavía sin nombre. Una vez cristalizada aquella vocación como devoción a la literatura, Brenan comprendió que jamás podría resignarse a seguir viviendo entre sus compatriotas británicos, con su pésimo clima y sus obsesiones de clase. Además, la suya era un alma orientada hacia la clara luz del sur. Y cuando, terminada la primera Guerra Mundial, se presentó la ocasión de fugarse, no podía haber duda: había que buscar una casita en el mediodía europeo.

Lo demás es sobradamente conocido, tanto en España como fuera de ella. Brenan optó por establecerse —temporalmente, creía— en este país, pudiendo haberlo hecho en Italia, Grecia o el sur de Francia, a consecuencia principalmente, ello parece seguro, de recuerdos infantiles

profundamente arraigados: la narración, por su madre, y una abuela, de las incidencias de una estancia suya en Andalucía, concretamente en Almería y Granada. A partir de entonces, Andalucía representaría para Brenan una tierra de promisión (Oriente de Europa) que él, un día, visitaría para comprobar si las impresiones transmitidas correspondían a una realidad tangible. Nada más lógico, pues, que, concluida la terrible contienda, Brenan, decidido a buscarse ya su refugio mediterráneo, dirigiese sus pasos hacia Andalucía, hacia aquella Granada cuya Alhambra había visto su madre arropada de escarcha y carámbanos.

Y recordemos una vez más la fecha de la instalación de Brenan en Yegen: enero de 1920.

Devoción a la literatura. Sí, ha sido la vocación de la larga vida de este ejemplar inglés, tan afín a Graves y a Greene. En Yegen, durante cuatro años de iniciación, el joven se entrega a la lectura, febrilmente. El será su propio maestro, pues, no hay que olvidarlo, no ha tenido carrera universitaria. Formará sus propias opiniones, tendrá con honda fruición, siempre con los ojos puestos en la meta de ser él, también, escritor. *Al sur de Granada* perdurará como la luminosa recreación de la vida de un pueblo alpujarreño, de sus costumbres, sus gentes, sus aguas, sus cielos, sus olores; pero es también, y tal vez ante todo, el retrato de un hombre que, habiendo dado con su vocación, no cesa en su empeño por llegar a ser algo en literatura. Aquel título de Juan Ramón Jiménez, *El trabajo gustoso*, bien se puede aplicar a la vida y a la obra de Brenan. Gustador de la vida, también ha habido siempre en él un incansable trabajador. Es acaso su mejor lección: el amor y el trabajo gustoso son los dos pilares sobre los cuales se puede erigir algo que valga un poco la pena.

Me complace expresar aquí mi agradecimiento personal a Gerald Brenan, por su ejemplo, por su vida, por sus libros, por su ecuanimidad, por su amor a la literatura y a la naturaleza, por su deseo de saber cómo se llaman las cosas, por su estilo (la sobriedad, la palabra justa, la contención expresiva). Creo sinceramente, que de no haber leído *Al sur de Granada*, no sería hoy escritor; y estoy seguro de que, como a tantos otros, fue *El laberinto español* el libro que, más que ningún otro, me abrió los ojos a la realidad contemporánea de España. Por todo ello, así como por las inolvidables horas que he tenido la suerte de poder pasar a su lado, mi deuda para con don Gerardo es impagable.

Madrid, abril de 1985



*Gerald Brenan, Gabriel Jackson e Ian Gibson en la "Cañada de las palomas", 1983.*